

## Homenaje a Enrique de la Garza Sus aportes a los Estudios del Trabajo

pp. 151-169

*El 24 de marzo de este año nos dejó Enrique de la Garza, una de las figuras más connotadas de la Sociología del Trabajo latinoamericana y también considerado uno de los pensadores más importantes de las Ciencias Sociales del continente. Los estudiosos del trabajo de Venezuela le rendimos un homenaje el 17 de junio pasado, promovido por el Laboratorio de Investigación en Estudios del Trabajo (Lainet) y el Doctorado en Estudios del Trabajo de la Universidad de Carabobo. A continuación, reproducimos las intervenciones que tuvieron lugar en su honor.*



### **Froilan Barrios Nieves** (moderador).<sup>1</sup>

Enrique de la Garza es uno de los investigadores más reconocidos en el campo de estudio de la Sociología del Trabajo en América Latina, dejando su reciente desaparición física, en marzo 2021, un inmenso vacío en el mundo académico continental y, al mismo tiempo, un valioso legado de más de 50 libros y más de un centenar de artículos académicos relacionados con esta disciplina de las Ciencias Sociales.

La dimensión de sus investigaciones, las relaciones establecidas con estudiosos del trabajo, junto con su calidad humana han conducido a la realización de sentidos homenajes y reconocimientos por parte de profesionales de prestigiosas universidades de toda la región en los últimos meses.

Este homenaje que hacemos hoy desde Venezuela es representativo de un grupo de docentes e investigadores universitarios en estudios del trabajo, colaboradores permanentes del sindicalismo venezolano, quienes disertarán sobre los aportes del ilustre estudioso mexicano al desarrollo de diferentes

<sup>1</sup> Doctor en Estudios del Desarrollo (CENDES-UCV), Profesor Asociado de la UCAB, Secretario Ejecutivo de la CTV.

disciplinas en América Latina. Contamos, además, con la participación destacada de su compañera de vida, Marcela Hernández, catedrática de la Universidad Autónoma de México.

En mi caso particular, fui designado como moderador de este evento por mi calidad, también, de sindicalista de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), representante del sector social que fue objeto de estudio y de permanente atención y dedicación por parte de Enrique. Tuve el inmenso placer de conocerlo personalmente en 2012 en un seminario organizado por docentes e investigadores de la York University (Canadá) y la Clark University (Boston) realizado en la ciudad de Toronto, cuyo tema central fue «La Flexibilización de las Relaciones de Trabajo» y, posteriormente, en el XXX Congreso Internacional de LASA realizado en San Francisco, California. En ese breve intercambio personal pude apreciar su calidad humana, pues, aunque poseía un conocimiento y un reconocimiento global a su trayectoria como investigador de la Sociología del Trabajo, era una persona accesible, de extrema sencillez, capaz de aportar con conceptos claros y precisos sobre los enrevesados temas que suelen ser debatidos en las Ciencias Sociales. Cito como ejemplo la anécdota sobre el neocorporativismo y el grado de integración de las instituciones al Estado, lo que simplemente resumió con esta metáfora: «el neocorporativismo es como el abrazo del oso que aprieta a sus víctimas hasta rendirlas, si estas no oponen resistencia», la cual refleja su habilidad comunicacional para hacer comprensible cualquier concepto.

Comencemos, entonces, con nuestros ponentes.

La primera intervención estará a cargo de Héctor Lucena, Doctor en Relaciones Industriales, fundador y profesor titular a dedicación exclusiva del Doctorado de Estudios del Trabajo de la Universidad de Carabobo.

### **Lo Interdisciplinario en la reflexión y la acción**

Héctor Lucena

Los estudiosos del trabajo en Venezuela y en toda América Latina se sienten comprometidos en recordar a Enrique de la Garza, quién, desde los años ochenta, fue aportando esfuerzos intelectuales y académicos para una mejor comprensión de lo que ocurre en el complejo y controversial mundo del trabajo. Su reciente fallecimiento el pasado marzo, nos ha llevado a varios académicos venezolanos, que a su vez representamos a nuestras instituciones universitarias, a organizar este acto.

Conocimos a Enrique en los inicios de los noventa, afanado en organizar un evento regional que congregara con amplitud a los que nos ocupábamos de los estudios del trabajo. Si bien su formación inicial fue de ingeniero, esta poco le ocupó, adoptando luego la de sociólogo, en donde echó sus anclas, pero con la perspectiva de apuntar tanto hacia la sociología del trabajo como hacia la concepción más amplia de los estudios del trabajo. Al respecto, señaló: «el surgimiento de los actuales estudios del trabajo, no se reducen solo al campo de la sociología, tienen un papel muy importante las relaciones industriales, la administración, el derecho, la antropología, la psicología, la medicina y la economía. Sin embargo, había que subrayar en los estudios laborales en América Latina la importancia en la investigación académica del enfoque sociológico».

El evento en cuestión –México 1993– se logró organizar congregando por primera vez a cientos de estudiosos del trabajo en sentido interdisciplinario, para dar nacimiento a la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (Alast) y a la Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo (Relet), entidades que han recorrido varias décadas de fructíferos resultados en el fomento y la profundización académica.

Lo anterior es una condición objetiva que ha favorecido estudiar los fenómenos de este campo en perspectiva interdisciplinaria, al tiempo que ha facilitado la integración de las comunidades al interior de los principales países, así como la creación de grupos de estudios e intercambios entre varios países de la región.

Lo interdisciplinario se manifiesta tanto en las grandes teorías sociales –aquellas que abarcan o pretenden hacerlo, el funcionamiento y el cambio de la sociedad– como en aquellas de alcance medio, hasta en las que se ocupan de asuntos más particulares, más acotados, en los ámbitos del trabajo. Lo interdisciplinario tiene vigencia en la convergencia del conocimiento para explicar fenómenos en donde los humanos nos hacemos partes.

Cuando Enrique hace las propuestas que dieron lugar a las entidades Alast-Alet y Relet,<sup>2</sup> formula un diagnóstico de cómo se había venido estudiando el trabajo en la región, destacando que lo tradicional era el predominio de los aspectos legales, una disciplina con amplia difusión en ella, y de los aspectos históricos, pero estos últimos eran no tanto del movimiento de los

<sup>2</sup> En posterior congreso de la Asociación, se decidió adoptar el nombre de Asociación Latinoamericana de Estudios del Trabajo, pero sin dejar de lado las siglas de Alast, que ya habían alcanzado una importante difusión.

trabajadores integralmente, sino de sus líderes y de aquellos que descollaron en el plano nacional e internacional, así como de las organizaciones ideológicas y partidistas asociadas. Predominaban los testimonios de militantes identificados con las corrientes que estuvieron presentes en los hechos reportados; en el fondo se atendía a justificar acciones y posturas. Aun no predominaba la producción propiamente académica.

Igualmente, los estudios del trabajo, tanto en el ámbito de la teoría neoclásica como de la dependencia, no tenían un lugar que permitiera el análisis del trabajo y de los trabajadores con la suficiencia que han alcanzado en los nuevos estudios del trabajo, del cual Enrique es un promotor y exponente esencial.

A lo largo de su carrera, él no dejó de promover proyectos de investigación, editoriales e intercambios que lo llevaron a estar presente en actividades regionales y mundiales. Localmente, en Venezuela, recordamos cuatro momentos: el primero, cuando aún no nos conocíamos, fue producto de la invitación que le hiciera la Universidad de los Trabajadores de América Latina (UTAL);<sup>3</sup> el segundo, fue cuando compartimos en la Mesa de Estudios del Trabajo en el Congreso de ALAS realizado en Caracas en 1993, donde él fue el conferencista principal; el tercero, fue atendiendo la invitación para dictar un seminario en nuestro programa doctoral y, el último, en la misma Valencia, para participar en un congreso.

Su amplitud y generosidad se exteriorizaban también en que a cada evento que atendía en la región venía con la maleta cargada de sus libros más recientes para ponerlos en manos de los interesados e, igualmente, los ubicaba en sitios web libremente accesibles.

La integración de autores en los temas de estudios del trabajo se puso de manifiesto en su papel de coordinador del grupo de Clacso, que promovió estudios hasta ese entonces soslayados, el cual pasó de llamarse «Movimientos Laborales» a «Trabajo, sujetos y organizaciones laborales».

En otra etapa avanzada de su búsqueda e indagaciones, aportó clarificaciones de conceptos básicos en el campo, como la recuperación de la *configuración* para enlazar y establecer articulaciones que expliquen el funcionamiento laboral. Luego agregó la *configuración de configuraciones*, lo que llamaba el *caleidoscopio*, ya que se trataba de adecuar a diversas

<sup>3</sup> Institución que, lamentablemente, perdimos y por tanto hoy inexistente en el país.

situaciones del trabajo los elementos fundamentales que han de tenerse presente para su estudio. Dedicó atención sostenida a reflexionar y elaborar el *concepto ampliado de trabajo* y a la distinción del *trabajo clásico* y *no clásico*, subrayando la construcción de la ocupación, lo que permite un alcance y cobertura de múltiples actividades que refieren a amplios contingentes de trabajadores, generalmente ignorados en las principales corrientes de la literatura de los mismos estudios del trabajo.

Terminamos destacando que estos esfuerzos, en su última fase de producción intelectual, ya se sienten y son parte de la inquietud por las nuevas tendencias en el seno de las comunidades de estudiosos del tema laboral latinoamericano.

**Froilán Barrios N.:** A continuación, le cedemos la palabra a Jacqueline Richter, abogada, especialista en Derecho del Trabajo, magister en gobierno y políticas públicas y doctora en sociología. Es profesora de Sociología Jurídica y Derecho del Trabajo en la Escuela de Derecho de la UCV. Profesora titular a dedicación exclusiva, adscrita al Instituto de Derecho Privado de la misma universidad.

### La visión desde el Derecho

Jacqueline Richter

Los aportes de Enrique de la Garza a los estudios jurídicos pueden verse claramente en dos áreas: el derecho del trabajo y la sociología jurídica.

Comencemos por el derecho del trabajo. El estudio tradicional del derecho, denominado dogmática jurídica, se realiza desde una mirada interna, buscando desentrañar el sentido de la norma jurídica con un método propio. Es por decirlo así, un sistema cerrado de reglas con un objeto y tipos de análisis propios. Ello ha llevado a sostener que cada rama jurídica es autónoma y tiene principios propios. De ahí su estrecha relación con el positivismo y la visión disciplinaria de las ciencias.

El derecho en occidente tal como lo conocemos hoy es producto de dos procesos históricos profundamente interrelacionados: Capitalismo y Modernidad. Así, conceptos básicos, tales como derecho, Estado de derecho, debido proceso, tipo penal, presunción de inocencia, provienen de la idea de racionalidad y de la creación de los Estados nacionales, producto del surgimiento de capitalismo.

Por su parte, el capitalismo expande los negocios, crea nuevos negocios jurídicos y en su centro aparece una nueva relación que debe regular el contrato de trabajo.

La regulación del trabajo trajo nuevos conceptos jurídicos, como débil jurídico, subordinación, tiempo de trabajo, salario, los cuales comenzaron a ser cotidianos y a generar una prolifera legislación, doctrina y jurisprudencia. Pero su estudio se realizaba mirando las interrelaciones entre normas y sus posibles interpretaciones, dejando fuera el contexto social. Y cuando el contexto ingresaba al discurso jurídico lo hacía con los conceptos que el propio orden había construido. Así, la desigualdad de los contratantes llevaba a proteger al trabajo y por ello se creaba un derecho protector con alta intervención del Estado.

Este autarquismo se rompe cuando desde la cátedra de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social avanzamos hacia los estudios del trabajo y ahí los trabajos de Enrique nos aportan:

- Que el contrato de trabajo temporal no es excepcional, como lo ve el Derecho del Trabajo. La noción de flexibilidad y precariedad entran de lleno en los análisis jurídicos laborales dando un salto, ya no solo al contexto social, sino también a otras formas de analizar la norma jurídica.

- Que los procesos de subcontratación, que para nosotros refieren al contratista, subcontratista e intermediario y sus responsabilidades solidarias, pueden ser situados en nuevas formas de organización de la producción y el trabajo, y ahí la descentralización aparece claramente como una estrategia que profundiza el fraude a la ley. La mirada de Enrique permitió ver cómo se expresaban en la norma jurídica esas transformaciones en la forma de organizar el trabajo y la producción.

Pero, como dijimos, el aporte de Enrique también se evidencia en los estudios socio jurídicos.

La sociología jurídica ha marcado un rompimiento con la forma tradicional de estudiar la norma jurídica, pero siempre ha estado entre varias aguas: ciencia jurídica y ciencias sociales. A diferencia de la dogmática jurídica, ella nació huérfana de objeto y método, y en esa búsqueda la transdisciplinariedad y la idea de un campo de investigación fue un aporte importante para dar un salto cualitativo como ámbito específico de análisis. Ahí los análisis epistemológicos de Enrique mostraron luces y caminos.

La sociología jurídica como la mayoría de las disciplinas sociales ha intentado romper con la modernidad. Aparecen los estudios de pluralismo jurídico y Boaventura de Sousa Santos se convierte en una referencia para

buscar nuevos paradigmas para el análisis sociojurídico. La reivindicación de los órdenes jurídicos no estatales y la famosa experiencia de las favelas brasileñas se convierten en un referente del derecho de los oprimidos y surge la mirada hacia los derechos insurgentes contra la legalidad burguesa. Así, el texto Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común, el derecho de Sousa Santos es casi obligatorio en las cátedras de Sociología Jurídica.

Los estudios sociojurídicos, de la mano de Sousa Santos, comenzaron a transitar el camino de las propuestas neocoloniales para analizar el rol del derecho en la transformación social, situando la discusión en el derecho insurgente o en el aporte a la transformación de los movimientos sociales. Es el ocaso del sindicalismo y su lucha por la consagración de derechos en el Estado Social de Derecho.

Aquí, el aporte de Enrique me permite entrelazar su contribución a las dos disciplinas que trabajo. Su mirada a los neocoloniales o a la post colonialidad sitúa en el lugar correcto la discusión, sin negar que las percepciones o visiones de mundo contribuyen a crear la realidad, pone el énfasis en las estructuras de dominación. Ya lo había hecho con los profetas del fin del trabajo y los famosos postmodernos Bauman y Zygmunt con su «Modernidad líquida». Enrique vuelve a situar la discusión en lo medular y desenmascara ese intento de quitar centralidad a las estrategias empresariales para imponer un modelo de relaciones sociales que busca limitar el poder de los sindicatos y por tanto quitarse de encima responsabilidades sociales. En fin, Enrique sitúa la discusión en las nuevas y algunas viejas formas de dominación social.

Gracias a los aportes de Enrique, los que estudiamos la norma jurídica tenemos un bagaje desde donde estudiar sus diversas funciones y para volver a preguntarnos cómo se expresan las relaciones de dominación y que pueden hacer los sindicatos para usar el derecho para obtener protección social y reconfigurar la relación salarial.

**Froilán Barrios N.:** De seguidas,<sup>4</sup> nos hará su presentación Luis Eduardo Díaz, Profesor titular de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Zulia, experto en Seguridad Social y Director en dos oportunidades del Cielda.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> En realidad, en el evento, el siguiente en el uso de la palabra fue Rolando Smith, principal organizador del evento, quien expuso «Los aportes de Enrique de La Garza a los Estudios del Trabajo. Una visión desde las Relaciones Industriales», pero, lamentablemente, esta intervención no nos fue posible recuperarla. Rolando Smith es Doctor en Estudios del Trabajo, profesor de la Escuela de Relaciones Industriales (UC) y Director-Fundador del Lainet.

<sup>5</sup> Centro de Investigaciones de Estudios Laborales y Disciplinas Afines.

## Una visión desde la seguridad social

Luis Eduardo Díaz

De La Garza me enseñó la evolución del trabajo centrado en la industria, lo que me permitió un episteme sobre la seguridad social que puede diferenciar entre el núcleo real de la previsión social y el que corresponde a su imaginario, normalizado en las siguientes máximas: la seguridad social es un derecho obrero; la seguridad social es un derecho social y la seguridad social es un derecho universal. En realidad, más allá del planteo formal y de lo que significa ese fantástico vertedero de ilusiones, la seguridad social, asegura una ganancia –en términos del marxismo–, pese a la ocurrencia de cualquier contingencia.

El trabajo asegurado ha constituido un modo de repartir los recursos sociales. La seguridad social, complementada con la asistencia social, atendería a los ciudadanos capaces de aportar o no. En algunos regímenes de pensiones, como los de Argentina y Uruguay, se alcanzó la universalidad, gracias al desarrollo institucional, los compromisos políticos con los adultos mayores y la presión que estos han ejercido. Lo que De La Garza enseña es que el trabajo hoy está más centrado en las capacidades de las personas, lo que permite transitar del trabajo clásico al no clásico y comprender que el ahorro individual en boga desde los 80 es producto de la utilidad del último trabajador empleado, explicando así desde la teoría del trabajo, las cuentas personales de capitalización para procurar una pensión.

Como el mercado es lo que se consume y no solo lo que se produce, es posible entender, gracias a De La Garza, como puede, la previsión social del futuro, en donde las relaciones de trabajo no existen, atender desde posiciones minimalistas las insuficiencias del orden capitalista (ingresos mínimos para evitar la pobreza crónica). Algunas de estas teorías están muy cercanas al control social en democracias inestables o son propias del capitalismo autoritario, ligadas a subsidios a los más pobres o vinculadas a un ingreso ciudadano en sociedades tecnocráticas.

El saber enciclopédico de Enrique de la Garza, me ha ayudado a distinguir entre una ética aplicada a las relaciones de trabajo (la racional de Weber, la basada en el amor y el trabajo de Freud, y la orgánica de Durkheim), a otra fundamentada en el bienestar social y que empezó a gestarse después del crack de 1929.

De la Garza me permitió comprender por qué el Estado social es un terreno fértil para los abogados como yo, porque todo encaja en el mismo

a la perfección: es el relato necesario del orden jurídico donde cuadran íntegramente las piezas, donde la seguridad social se muestra en su máximo esplendor y realización reguladora. Allí no hemos quedado por comodidad o por añoranza, porque lo económico no se corrige espontáneamente, o porque la producción no crea su propia demanda.

Es posible distinguir, gracias a su aporte (y para mi disciplina es vital) entre el objeto y el sujeto, entre el objeto del cambio y el sujeto que lo ejecuta. Ello me ha llevado a otros derroteros, pensando más en los sujetos de las transformaciones y sus debilidades que en los meros programas, fríos y distantes del bienestar social.

De La Garza me ayudó a comprender el alcance de los pactos sociales: sus nuevas temáticas, su territorialidad, mostrar a los nuevos actores que deambulan en la previsión social, las limitaciones entre el pacto invocado y el poder trasnacional, la defensa del empleo en lugar del salario o el alargue de las edades de jubilación antes que su mejora, entre otros contenidos. Me ha enseñado los límites de la gobernabilidad, incluyendo especialmente la corporativa, con sus implicancias en la seguridad social.

Por último, aprendí un par de cosas más en estos días: una, sobre el «efecto disciplinador que tiene la hiperinflación» sobre la población, como la de los últimos 4 años en Venezuela, o como lo fue la boliviana de los 80 o la brasileña en los 90; y la otra, fue ayudarme a comprender las limitaciones y estragos prácticos que causan los poscoloniales, cuando señala en su última obra colectiva, «Crítica de la razón neocolonial», que yerran al situar en el centro del episteme a la raza y poner el énfasis en el lenguaje, el cual no es capaz de «asentarse en las condiciones materiales y subjetivas actuales».

**Froilán Barrios N.:** A continuación, intervendrá Consuelo Iranzo, socióloga, doctora en Sociología del Trabajo, Profesora-investigadora titular a dedicación exclusiva del Cendes-UCV. Coordinadora del Doctorado en Estudios del Desarrollo y Directora de la Revista *Cuadernos del Cendes*.

### **Alguno hitos en la vida de Enrique de la Garza**

Consuelo Iranzo

La idea de hablar de algunos de los hitos en la vida de Enrique me surgió de releer una entrevista que le hiciéramos hace unos años cinco colegas y amigos: Marcela Hernández, de México, Cecilia Senen de Argentina (ambas

nos hacen el honor de estar hoy aquí), José Ricardo Ramalho, de Brasil, Juan Carlos Celis, de Colombia, y yo.

Lo primero que diría es que en aquella conversación Enrique nos dejó ver cómo el motor de su vida fue la búsqueda de espacios de constitución de nuevos sujetos colectivos de trabajo. Es decir, una búsqueda no solo intelectual, sino también política. Porque la política, entendida como el esfuerzo de creación de ideas para la acción transformadora, fue una de sus preocupaciones más consistentes. De hecho, él provenía de una familia de izquierda muy politizada y en sus años de estudiante estuvo muy comprometido con la izquierda radical e incluso llegó a ser secuestrado por la policía.

Lo segundo que nos dejó apreciar en aquella conversación es que ya desde finales de los setenta había fijado su interés en el tema del proceso de trabajo, un ámbito poco atendido en aquellos años por el resto de los estudios laborales, centrados en el movimiento sindical.

Era el momento en que estaba emergiendo el paradigma post fordista, basado en los cambios al interior de los procesos productivos tanto desde el punto de vista tecnológico como organizativo. Y estudiar estos cambios, para una persona comprometida con el futuro de la clase trabajadora y convencida de que el proceso de trabajo y el proceso de valoración van de la mano del capital para explotar al trabajador, le obligaba a intentar convencer al movimiento sindical de la importancia de involucrarse con las transformaciones en la organización del trabajo.

Pero, esa forma de pensar lo llevó a enfrentarse con el pensamiento de la intelectualidad de izquierda tradicional, que consideraba que la organización del trabajo era un asunto de la patronal y que lo que había que hacer era introyectar la conciencia de clase a los trabajadores. Para Enrique, en cambio, el interés por el estudio de los procesos laborales le venía precisamente de la certeza de que en el desarrollo de esa conciencia juega un papel crucial la manera de trabajar, la forma de vivir el proceso de trabajo.

El interés en el proceso de trabajo tiene sus raíces en el marxismo y Enrique se definió siempre como marxista, pero un marxismo contrario al socialismo real y no dogmático. Para él, el marxismo nunca ha sido autosuficiente y ha de buscar complementariedades.

En su acercamiento a los estudios laborales en los ochenta, se nutrió de los trabajos de Shaiken, de Coriat y de los otros regulacionistas, como

Boyer y Lipietz, así como de Piore y Sabel y de los neochumpeterianos. A partir de entonces, se abriría tempranamente a temas como los de: *industrial governance*, los *clusters*, las cadenas de valor, el aprendizaje tecnológico, la economía del conocimiento, la empresa red, el neoinstitucionalismo, la reestructuración productiva.

Otro hito muy importante en la vida de Enrique fue la conformación, hacia finales de los 80, de un equipo para debatir sobre la Reestructuración productiva, el cual le marcó un camino hacia los nuevos estudios laborales y, en particular, hacia los temas de la flexibilización del trabajo y el control del proceso de trabajo. Aquí el interés seguía siendo político: insertarse de manera comprometida dentro de esa nueva clase obrera que se suponía que habría de surgir de esos procesos de reestructuración.

Desde el punto de vista académico, el Colegio de México, primero, y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), después, fueron sus dos grandes espacios de trabajo y en esta última fundó en 1989 la Revista *Trabajo* y la Maestría en Sociología del Trabajo, ambos con vida hasta el día de hoy.

Clasco, por su parte fue también un espacio muy importante a finales de los 80 para su encuentro con sus colegas latinoamericanos, con quienes realizó el primer Congreso de Sociología del Trabajo en 1993, el cual coordinó y en el que se creó la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo y la Revista *Relet*, logrando la institucionalización de la corriente de los nuevos estudios laborales. Por Venezuela participamos como fundadores Héctor Lucena y yo. Más tarde, a finales de los noventa, Enrique coordinaría el grupo laboral de Clasco por varios años y, por proposición suya, tuve el honor de sucederle junto con Cecilia Senen, quien hoy en día lo coordina con Antonio Aravena.

Otro de lo que llamaría un hito en la vida intelectual de Enrique fue la realización en esos años de dos investigaciones que tuvieron gran repercusión dentro de los estudios del trabajo en el continente, cuyo objetivo fue construir mapas nacionales sobre los cambios provocados por la reestructuración productiva. Ellos permitieron determinar el mayor peso de los cambios organizacionales, en especial de la flexibilización del trabajo y de la contratación colectiva, sobre la relativa incorporación de nuevas tecnologías, lo que luego constatamos también en otros países.

Ya en el siglo XXI, una experiencia muy importante para Enrique fue la creación del Instituto de Estudios del Trabajo junto con el representante en México del Centro de Solidaridad de la AFL-CIO en un nuevo intento de

vincular la academia con los sindicatos. Su «último intento» lo llamó él. Fue una experiencia que duró varios años y durante la cual se adelantaron numerosos cursos de formación con grandes sindicatos y llegaron a producirse unos 20 libros sobre temas laborales sindicales y empresariales. Lamentablemente, esa experiencia terminó definitivamente en 2010 por iniciativa de la misma AFL-CIO por considerarla demasiado «intelectual».

El tiempo no me permite sino referirme por último a uno de los debates más importantes que emprendió Enrique en los últimos años y fue contra quienes él llamó los para-postmodernos, refiriéndose en especial a dos autores que han tenido mucha difusión en Latinoamérica como son Baumet y Sennet, a quienes cuestionó principalmente por su discurso contra la posible constitución de identidades y su empeño en sostener la total fragmentación de los sujetos colectivos. Con sus estudios sobre la identidad del *trabajo no clásico* quiso rebatir tales planteamientos. A este tema y al de las *configuraciones productivas*, considerado uno de los grandes aportes latinoamericanos a los estudios del trabajo, les dedicó una gran atención en los últimos años.

Terminaré diciendo que Enrique, quien tuvo una gran influencia en todos nosotros, fue un luchador comprometido por excelencia y un polemista insigne, que encontró en el debate implacable una vía de creación y de crecimiento.

**Froilán Barrios N.:** La última intervención estará a cargo de Marcela Hernández, Doctora por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Coordinadora del Doctorado en Estudios Laborales y esposa y compañera de trabajo de Enrique de la Garza por más de veinte años.

### Una vida compartida con un ser excepcional

Marcela Hernández

Gracias por la invitación a participar de este homenaje a Enrique y a compartir con ustedes sus amigos y colegas, a quienes quería y respetaba, parte de mi experiencia de vida con Enrique, la cual no se puede separar de su vida académica, política y amistosa.

Voy a transmitirles algunas vivencias con Enrique. Algunas de ellas las retomé de cosas que él dijo en conversaciones que sostuvimos; en ocasiones se convirtieron en escritos, ya fuera en autobiografía o sobre otros amigos, pero creo que nos permiten dar una mejor semblanza de lo que fue Enrique. Esta semblanza que hoy comparto con ustedes, la presenté también en el

homenaje que los alumnos del posgrado le organizaron hace poco, con algunos añadidos.

Hablar de Enrique no es fácil. Implica poner sobre la mesa sus diferentes facetas como intelectual, su pensamiento en sus diferentes aportes a la sociología y a las ciencias sociales en Latinoamérica; como creador de instituciones; como hombre de izquierda y luchador social; como investigador y formador de investigadores, profesor, fundador de posgrados, de revistas y de asociaciones; como amigo. Sin negar su lado humano, reconociendo su generosidad, su activismo académico, su incansable imaginación para nuevos proyectos, su espíritu de lucha, se puede decir que su principal rasgo de carácter fue su capacidad de decisión, fue hombre de decisiones; nunca le tembló la mano para tomarlas.

Su obra es muy basta, así como los premios y reconocimientos que recibió en vida. Tanto en su profesión como ingeniero como sociólogo.

Fue autor de 25 libros y coordinó 44; entre ellos, vale la pena señalar que fue el coordinador del Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo. Escribió 250 artículos, 175 capítulos de libros y más de 300 ponencias en extenso.

Recibió 28 premios, entre los que destacan:

- «Premio al Saber» (1969), otorgado por la Sociedad de Técnicos e Ingenieros al mejor estudiante de Ingeniería Química .
- «Profesor Distinguido» por la UAM desde 2001.
- «Premio Nacional de Economía» (1984) otorgado por El Colegio Nacional de Economistas por la investigación «Acumulación de Capital y Movimiento Obrero en México»
- «Premio Nacional de Ciencias y Artes», categoría de Ciencias Sociales y Humanidades (2010) otorgado por la Presidencia de la República por trayectoria académica.
- «Premio Anual de Investigación Económica» en tres oportunidades (1986, 1988 y 1992), otorgado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, y en dos veces el «Premio Nacional de Investigación Laboral», otorgado por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (1997, 2002).

Por citar algunos. Sin embargo, como el mismo decía: «Sigo hablando con la misma libertad de siempre. No vivo en función de los reconocimientos, porque al mismo tiempo que luchaba, estudiaba siempre y finalmente el conocimiento me hizo libre, no dependiente de poderes. Me dio la libertad de hacer de mi vida lo que yo quise».

Mi intervención no se va a referir, en esta ocasión a su legado académico, ni al hombre constructor de instituciones, sino que me voy a referir a las vivencias compartidas, a la experiencia vivida con Enrique. Hombre Multidimensional, como él mismo se definía y solía decir: todo hombre es multidimensional, nadie es completamente bueno ni completamente malo. Así, en el discurso que dio cuando lo nombraron ciudadano distinguido de su ciudad natal, finalizó diciendo: Confieso que he vivido, que he amado y odiado, he destruido y construido y seguiré haciéndolo, no concibo una forma de vida diferente. No me arrepiento de nada.

Enrique era hombre de Decisiones, de Fuerza. Su divisa era el deber y su ocupación preferida era Pensar. Con este hombre multidimensional compartí mi vida, fui su cómplice, su compañera de vida, compartimos, aprendí, o más bien diría, quise aprender, reí, disfruté, lloré y amé.

Lo conocí hace 37 años, en el curso de Metodología de la investigación que impartió en la Maestría en Desarrollo Regional de la Universidad de Guadalajara en 1984, de la cual yo era alumna. Encuentro, sin duda, que marcó la vida académica de muchos de los que estuvimos en esa Maestría. En mi caso, también la personal; de alguna manera marcaría mi futuro y el de él. Después de más de una década, nos volvimos encontrar, nunca nos volvimos a separar, relación de vida que duraría hasta el día de su partida el 24 de marzo de este año, una gran pérdida para todos y un terrible año para mí.

Ese año, 1984, era el inicio de su carrera académica. Esa primera vivencia en la Maestría en Guadalajara nos acercó a un Enrique Joven, recién llegado de su estancia académica en Italia, impetuoso, atrevido, precoz. Llegó con su obra *El Método del Concreto-Abstracto-Concreto*, en la cual publicó, muy tempranamente, su propia reflexión sobre la metodología en la ciencia social, obra que no tiene, ni tuvo, inspiración en la obra de Hugo Zemelman; se hizo en forma paralela a sus reflexiones, como escribió más tarde en su texto *La Metodología Configuracionista*.

Todavía recuerdo con mucha claridad, cuando llegó al salón donde impartiría su curso, en la calle Colón en el centro de la ciudad de Guadalajara, cargando él mismo una caja de libros, caja en la que venía *El Método del Concreto-Abstracto-Concreto*, publicado por la UAM, recién salido de la imprenta. Nos regaló a cada uno de los estudiantes de la maestría un ejemplar e impartió su curso con la pasión y conocimiento que lo caracterizó siempre. Como lo dice Manuel Satarain, alumno, compañero y amigo de la maestría, en uno de sus mensajes: «A propósito de Enrique, era un prodigio verlo,

oírlo cuando hablaba al ritmo que escribía en el pizarrón con una claridad asombrosa. Siempre llenaba el pizarrón de ideas y esquemas; su libro parece como si fuera una clase de él».

Ese era Enrique un apasionado del conocimiento, de la enseñanza, de la libertad, del deber; un apasionado de la vida. Amaba la Vida. Una buena taza de café y escuchar a su tenor favorito, Pavarotti, antes de una batalla; era un ritual; una forma de prepararse para dar la gran batalla, pero también de estar consciente que podía haber tragedia. Generoso siempre, dispuesto a compartir sus reflexiones y conocimientos, permanentemente inclinado a discutir sus planteamientos, a ponerlos en debate; para eso se preparaba y se preparaba bien. La ocurrencia o la improvisación sin conocimiento, no era algo que él practicara. Enrique siempre estudió mucho, nunca le era suficiente; tenía un gusto por el conocimiento. La curiosidad lo llevaba a estudiar más, a indagar más; nada daba por sentado.

La semblanza de Enrique, la podríamos iniciar con las propias palabras con las que él se refirió a su vida: «Mi vida fue siempre de lucha. Una lucha dura, una vida cocida a retazos», parafraseando a Joaquín Sabina. En otras palabras, para él su vida no tenía una trayectoria clara, su vida fue de rupturas, de vueltas a empezar, vida hecha de pedazos. La linealidad no era su fuerte. El pasado era pasado; no era que no formara parte del presente, pero no se estancaba en él, el presente es el que hay que vivir. Así, por ejemplo, de Ingeniero Químico, su primera profesión, pasó a sociólogo, estudió por su cuenta Economía y disfrutaba de leer historia y también sobre arte.

No se puede separar su vida personal de sus diferentes luchas, políticas, académicas, sociales, fueran reales o imaginarias. La lucha las daba en sus textos, en sus presentaciones públicas, en sus clases, en las conversaciones informales. Debata y peleaba por sus ideas, con autores que tal vez nunca llegaría a enfrentar cara-cara, pero en el terreno de las ideas los enfrentaba, los deshacía y proponía. Es otro de los aspectos que definen a Enrique: siempre había una contrapropuesta, la crítica por la crítica no tenía sentido. Retos buscados y escogidos para enfrentar; no fue la pasividad, ni el confort de los méritos ganados a pulso, sino el espíritu de lucha, de crear conocimiento, de ser congruente con sus convicciones, con ser un hombre de izquierda, con el compromiso de la libertad y la honestidad. Su claridad en enfilas sus críticas, el no tener miedo a decirlas, sin duda que le generó enemigos, envidias, otros dirían celos. Vivió múltiples incomprendiones que tuvo que enfrentar, pero eso era preferible al silencio cómplice, al confort que da la complacencia, el no ser congruente con sus convicciones.

El concebía la vida como un campo de batalla y así la vivió. Unas batallas las escogía y otras no, pero siempre se preparaba para ellas. El reto que le suponía enfrentarlas lo motivaba a seguir luchando. Cada victoria la gozaba, cada derrota era una enseñanza; se volvía a preparar. No es que siempre ganara, pero sí, siempre luchaba, Su máxima fue siempre hacia adelante. Hombre que vivió retos y situaciones difíciles, hombre de su tiempo.

Sumarme a esta vida implicó vivir la vida también para mí como campo de batalla, luchar con él, codo a codo, ser cómplices, sernos leales, fijar retos, defender lo que se creía, en lo que se había forjado junto con otros compañeros y colegas. Como defender el posgrado y su modelo, cuyo eje sigue siendo la excelencia académica, la actualización y crítica permanente, junto con propuestas teóricas-metodológicas propias. Este movimiento intelectual es al que Enrique invitaba a los alumnos a sumarse. Defender la importancia del trabajo frente a las asechanzas de teorías de moda que lo oscurecen, enarboladas por académicos que simpatizaban con ellas. Cada asechanza significaba una lucha y, en algunos casos, enfrentarse a la deslealtad, defecto que era el que más detestaba; el que más disculpaba era la debilidad. Luchamos por todo esto, hasta el día de su partida y seguiremos luchando.

Él me dijo que nunca me aburriría a su lado y así fue, así vivimos siendo amigos, compañeros, cómplices y, por qué no decirlo: si existe la felicidad, nos rondó muy de cerca y seguido.

En dos de las vertientes en la vida de Enrique, la política y la intelectual, tuvieron una influencia importante sus vivencias de la niñez y juventud. Ambas trayectorias se forjaron en sus inicios, entre las discusiones familiares en casa sobre historia y política, aunque Enrique desde niño tuvo la inclinación al estudio y al conocimiento, allá, en su natal San Buena Ventura Coahuila, pueblo rural impactado por la llegada de la industria Siderúrgica (Altos Hornos), que transformó su entorno; de ahí, que dijera con nostalgia, constantemente: «que verde era mi Valle». Decía que sus amigos, desde ese momento fueron «los nuevos obreros». Sobre todo, los hijos o hermanos de los nuevos obreros que trabajaban en la gran planta de Monclova; con ellos formó la tribu de los Potas, junto con sus hermanos Kalin y Oscar (cómplices junto con su perro). «Banda de escuincles que imaginaban batallas y una vuelta a la vida silvestre en contacto íntimo con la naturaleza». En su vida académica-política ellos tendrían un lugar importante, los estudiaría, desarrollaría teorías y metodologías para su análisis, defendería sus causas y

lo llevarían a impartir cursos de formación política. Fue masón de joven, muy joven (estudiaba la secundaria). El ser masón lo llevaría a querer politizar a sus compañeros y así, una noche, los convenció de repartir volantes en contra de la pretensión del cura de la parroquia de su pueblo de dedicar las ganancias de la feria a la reconstrucción de la iglesia. La policía los atrapó y fue su primer ingreso a la cárcel por motivos políticos (eran los años del triunfo de Fidel Castro en Cuba que tanto le emocionó). El segundo ingreso a la cárcel fue cuando se trasladó a la ciudad de Monterrey a estudiar la preparatoria y fue aprendido por cambiar un letrero en una loma en Monterrey que decía «Nuevo León con Díaz Ordaz» (candidato a la presidencia de la Republica por el PRI), a otro con «Muera Diaz Ordaz». Fue aprendido por la policía y corrido de la casa de huéspedes donde vivía, acusado de comunista.

Participó activamente en el movimiento estudiantil y, ya como estudiante de ingeniería química, fue secuestrado y torturado: su tercera estancia en la cárcel. No fue hasta que se inició un movimiento encabezado por su padre, al que se sumaron estudiantes y que se extendió a varios estados de la Republica, que fue liberado. Fue uno de los líderes del mismo. Al terminar la carrera de ingeniería le otorgaron el prestigioso «Premio al Saber», por haber obtenido el primer lugar en sus estudios, premio otorgado por la Sociedad de técnicos e ingenieros al mejor estudiante de la generación.

El fracaso del movimiento estudiantil lo llevó a querer explicar que había pasado. Se inscribió en la convocatoria del Colegio de México, institución de primera en la enseñanza e investigación social en México y, sin tener ningún conocimiento formal sobre sociología, obtuvo el primer lugar en el examen, hecho que contribuyó a que fuera aceptado a cursar el doctorado en sociología. Pero como el mismo dijo: ardía en deseos de aprender más sobre Ciencias Sociales. Estudió mucho, obtuvo una beca para estudiar en la Universidad de Roma, Italia, la segunda de sus cuatro estancias largas. Lo que encontró, según sus propias palabras, es que la historia daba un giro, se agotaban aquellos movimientos alternativos como los grupos que los dirigían. La estancia en Roma le permitió reconsiderar su vida política y captar que la sociedad se dirigía hacia una etapa de reacción al neoliberalismo. Ahora su lucha la daría en el plano de las ideas, en la turbulencia de la crisis del marxismo y la emergencia de las teorías neoliberales. Su fortaleza estaba en el conocimiento acumulado durante tanto tiempo en que participaba en política y a la vez estudiaba tantos temas (retomado de su biografía). Su pensador favorito siempre fue Marx.

Este activismo político lo trasladó a su vida científica y académica. La sociología le daría las herramientas para el análisis de la realidad social y para impulsar proyectos de larga envergadura. Los temas que han sido discutidos en los diferentes homenajes dan cuenta de su desarrollo como intelectual, de sus aportaciones a la sociología, a las ciencias sociales.

Enrique vivió situaciones límite, pero siempre fue fiel a sus convicciones. Su legado está a la vista, es abundante, complejo y, diría, maduro.

Este es el Enrique que todos conocimos.

Cierro con las palabras con las que Enrique se refirió y despidió a un amigo, y que creo que bien se podrían referir también a él: «Todos sabemos de lo efímero de la existencia, pero, también, que los fieles a sus convicciones trascienden las visiones cortas acerca del futuro».

Este es tu legado y esperamos reproducirlo los que estamos convencidos de estar haciendo lo mejor posible.

Lucharemos para que así sea.

El mejor homenaje que le podemos hacer es «Leerlo y mantener su legado»

Descansa en paz amor, por la tarea cumplida.

Hasta siempre Enrique.

**Froilán Barrios N.:** La extraordinaria y sentida participación de Marcela nos ha dejado a todos muy conmovidos y con un nudo en la garganta. Su intervención y la del resto de los ponentes nos ha mostrado una imagen completa de este gran personaje, cuyo discurso integraba creatividad y pensamiento crítico, lo que lo llevó a ser respetado incluso por sus adversarios ideológicos. La profundidad de sus conocimientos en torno a las transformaciones en el mundo del trabajo y los efectos de las tendencias del neoliberalismo, reflejadas en las políticas económicas, son un legado de su análisis crítico y de su contribución teórica imperecedera para la Sociología del Trabajo.

Para quienes hayan leído y compartido la obra del Profesor Enrique de la Garza es un compromiso difundirla y darla a conocer como argumentos fundamentales en defensa de los derechos de los trabajadores y de las comunidades, en esta región tan desigual en la distribución de la riqueza y en la condición de vida de sus habitantes.